

Guerra e ideología en la España del siglo XIII: la conquista de Mallorca según la crónica de Bernat Desclot

Martín ALVIRA CABRER*

La Europa plenomedieval fue una civilización dominada por el «fait militaire», imbuída de las expresiones, formas, ritos, conceptos y actitudes que se derivaban de la guerra como actividad cotidiana, pudiéndose afirmar con J. E. Ruiz Doménech que el Occidente medieval fue una sociedad «que se hizo en y para la guerra, y además agresivamente»¹. Paradigma de esta condición, la España medieval vivió una guerra contra los musulmanes convertida en un quehacer diario modelador de la sociedad y en la esencia conformadora de la historia medieval hispana². Partiendo de estas premisas, haremos un análisis breve y no exhaustivo de las características ideológico-mentales de la guerra en la España cristiana del siglo XIII a partir del relato de la conquista de Mallor-

* Universidad Complutense, Madrid. Este trabajo y otros citados de mi autoría forman parte del proyecto de investigación de la DGICYT titulado «La guerra en la Edad Media Hispánica: implicaciones materiales y mentales» (N.º PB93-0018) bajo la dirección de D. Emilio Mitre Fernández, Catedrático de Historia Medieval de la Universidad Complutense de Madrid.

¹ Duby, G., «Guerre et société dans l'Europe féodale», *Concetto, miti e immagini del Medioevo*. Florencia, 1973, p. 449. Sobre esta cuestión y del mismo autor, véase también *Guillermo el Mariscal* (Madrid, 1990) y *El domingo de Bouvines* (Madrid, 1988); LOT, F., *L'art militaire et les armes au Moyen Age*, II vol., París, 1946; Ruiz Doménech, J. E., «Guerra y agresión en la Europa feudal. El ejemplo catalán». *Quaderni di Studi Classici e Medievali* II (1980), p. 279.

² Sobre esta cuestión, véase Benito Ruano, E., «España y las Cruzadas», *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 1951-2, Buenos Aires, pp. 92-120; *idem*, «La historiografía de la Alta Edad Media. Ideología y estructura», *Cuadernos de Historia de España*, n.º 17 (1952), pp. 50-104; Cantarino, V., *Entre monjes y musulmanes. El conflicto que fue España*, Madrid, 1986; Louric, F., «A society organized for war: Medieval Spain», *Past and Present*, n.º 35, 1966, pp. 54-76; Mackay, A., *La España de la Edad Media: de la frontera al Imperio, 1000-1500*, Madrid, 1977, etc.

ca según la *Crónica* de Bernat Desclot³. Para ello atenderemos no tanto a los hechos históricos como a la interpretación que el cronista quiso ofrecer de ellos en su obra.

La crónica de Bernat Desclot y la conquista de Mallorca

Caballero al servicio de la casa real catalano-aragonesa, Bernat Desclot (+1288)⁴ escribió entre 1285 y 1288 una crónica oficial de la Corona de Aragón dedicada al rey Pedro III *el Grande* (1276-85) con el objetivo de tratar de *los grandes hechos y de las conquistas que hicieron sobre los sarracenos y sobre otras gentes los nobles reyes que hay en Aragón*, expresión que define por sí misma la ideología que domina todo el relato. La conquista de Mallorca (septiembre de 1229-32) fue el primer gran hito de la expansión catalano-aragonesa en el Mediterráneo⁵. En tiempos de Jaime I (1213-76) la empresa respondía a razones de política interna, de expansión territorial y de prestigio de la monarquía, todas ellas bajo un clima de legitimidad que nace de lo que A. Santamaría llama la «larga trayectoria de identificación de las Baleares como espacio catalán de expansión». Una favorable coyuntura *internacional* y un poderoso espíritu de cruzada, que se conjuga en la España cristiana con el impulso reconquistador experimentado tras el declive almohade que sigue a la victoria de las Navas de Tolosa (1212), son otros elementos a considerar a la hora de explicar los orígenes de la primera gran conquista de Jaime I⁶.

³ Desclot, B., *Crónica*, Miquel Coll i Allentorn. *Les Millors obres de la Literatura Catalana* n.º 62, Barcelona, 1982, cap. XII, pp. 71-2. Desde ahora Desclot.

⁴ Véase en esta edición la nota biográfica de Carme Arnau citando a Miquel Coll i Allentorn, pp. 5-7.

⁵ Sobre esta empresa vase el *Llibre dels Feits* del propio Jaime I en Soldevila, F., *Les Quatre Grans Cròniques*, Barcelona, 1971; para los datos históricos veáanse entre otros los siguientes trabajos: Santamaría, A., en Ladero Quesada, M. A. (coord.), *Historia General de España y América*, vol. IV, pp. 589-593; Cateura Benasser, P., «Ampliación de la Corona de Aragón. I. El reino de Mallorca» en *La consolidación de la Corona de Aragón (Desde Alfonso II hasta la muerte de Jaime I)*, 1990, cap. II, pp. 117-125; también los trabajos de Álvaro Santamaría, uno de los especialistas en la cuestión: «Determinantes de la conquista de Baleares», *Mayurqa*, 1972; «La expansión político-militar de la Corona de Aragón bajo la dirección de Jaime I: Baleares», *Actas del X Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Jaime I y su época*, Zaragoza, 1979, pp. 93-165.

⁶ Vid. Barkay, R., *Cristianos y musulmanes en la España Medieval. (El enemigo en el espejo)*, Madrid, 1991. Claro ejemplo de la magnitud de la influencia ideológica de la guerra en la Península Ibérica la encontramos en el mismo Desclot, pues éste inicia el relato del reinado de Jaime I realizando una breve descripción del monarca que supone una idealización del prototipo de rey del siglo XIII. Portador de las virtudes físicas y caballerescas consideradas las ideales y propias del monarca cristiano, Jaime I presenta para el cronista una única cualidad de carácter político que es, en sí misma, reflejo de toda una mentalidad: *Y tenía todo su corazón y toda su voluntad en guerrear con los sarracenos*. En la España plenomedieval el rey es considerado,

*La conquista de Mallorca según Bernat Desclot
Las Cortes de Barcelona (21 de diciembre de 1228)*⁷

En noviembre de 1228 se produjo el incidente que justificaba la campaña contra Mallorca: a un ataque catalano-aragonés sobre unas naves mallorquinas en aguas de Ibiza, correspondió la captura musulmana de dos naos catalanas que se dirigían a Africa. La reclamación de Jaime I fue despreciada por el rey musulmán a instancias —según Desclot— de unos mercaderes genoveses, pisanos y provenzales consultados por aquél en su condición de cristianos. El 21 de diciembre de 1228 Jaime I reunía cortes en Barcelona y planteaba al reino el proyecto de la campaña mallorquina:

Barones: bien sabéis el mal y el daño que el rey mallorquín hace todos los días a mi gente (...); por lo que yo tengo intención y voluntad, para complacer a Dios y por tal que su servicio sea así hecho, que si vosotros me queréis ayudar, que vaya a tomar la ciudad de Mallorca con toda la isla. Y por ello os ruego a todos que tengáis buen ánimo y que me deis tal respuesta que Dios no sea ofendido, ni yo, ni todos vosotros.

La idea clave de este discurso-arena del conde-rey es la guerra contra el musulmán entendida como obligación del buen cristiano en honor y servicio de Dios, deber cuyo incumplimiento le ofende y deshonor no sólo a uno mismo sino también al mismo rey, y, con él, al resto de la sociedad cristiana. La idea de Cruzada y la mentalidad feudovasallática explican esta conversión de la guerra contra los musulmanes —guerra santa— en un deber en pleno sentido feudal, en una obligación de los cristianos —los *vasallos*— hacia Dios —su supremo *señor feudal*—⁸. Además, el cronista identifica jerárquicamente los intereses de los componentes de este unitario «cosmos» cristiano: los intereses de Dios son los del rey, porque el monarca es, en la ideología monárquica, el nuevo Cristo; igualmente, los del rey son los de toda la sociedad, porque el monarca es la cabeza de la sociedad⁹. No cumplir con uno de ellos es incumplir con todos.

antes que un justiciero o un administrador, un *miles Christi*, el caballero cristiano cuya razón de ser es la guerra santa contra el musulmán y, además, el *defensor* de la sociedad frente al tradicional enemigo islámico, imagen y función tradicionales en las monarquías hispánicas desde tiempos altomedievales

⁷ Desclot, XIV-XXIX, 72-81.

⁸ La *Primera Crónica General* de Alfonso X el Sabio denomina al ejército que combatir en las Navas de Tolosa *la hueste del sennor Dios*, Alfonso X, *Primera Crónica General. Estoria de España*, ed. R. Menéndez Pidal, Madrid, Bailly-Baillire, 1906, cap. 1014, p. 694.

⁹ Vid. Pascua Echegaray, E., «El respaldo ideológico de la Iglesia a Alfonso VII: los preámbulos y la *chronica adefonsi imperatoris*», *Universitas Tarraconensis*, VIII (1985-6), pp. 39-64; *idem*, *Estructuras políticas y dinámica inter monárquica en la Europa del siglo XII*. Tesis doctoral inédita presentada en la Universidad Complutense de Madrid en octubre de 1993.

A las palabras del monarca siguen las respuestas de los miembros más destacados de las élites dirigentes de los territorios catalanes, quienes siempre contestan a Jaime I en dos sentidos: el ideológico, manifestando su adhesión al plan del monarca y la exaltación de sus virtudes; y el meramente material, ofreciendo al rey ayuda económica y militar para su expedición. Primero hablan los grandes preladados catalanes, en cuyos discursos encontramos varias ideas comunes que se resumen en las palabras del Arzobispo de Tarragona, quien al referirse al futuro de la campaña dice al rey: *que El [Dios] os lo deje acabar en honor suyo y en beneficio vuestro, nuestro y de toda la Cristiandad*; y también en las del obispo de Barcelona cuando afirma que la conquista *es gran honor para toda la Cristiandad y será gran beneficio para nosotros y para todos los que después de nosotros vendrán*. Como ideas importantes sobresalen en estos discursos la conciencia y certeza de la inspiración divina de la empresa —*el ardid que habéis comenzado de Dios os ha venido*, dirá el Arcediano de Barcelona—, la ciega confianza en Dios como único dueño del éxito o del fracaso de la guerra y, finalmente, las beneficiosas consecuencias —honor, botín y tierra— que el triunfo de la empresa reportará, en este orden, para Dios, para el rey, para el reino y para el conjunto de la Cristiandad. A la respuesta del alto clero sigue la de los caballeros templarios, que citamos como exponente del ideal de Cruzada que inspira la guerra en el Occidente cristiano de los siglos XII y XIII: *Señor, (...), nosotros somos hombres de religión y estamos reducidos a una orden para servir a Dios, y para defender la fe de Jesucristo y para hacer retroceder a los enemigos de Jesucristo*.

A continuación, responden a Jaime I los grandes magnates catalanes —Hugo, conde de Ampurias, Guillem y Ramón de Montcada, Ramón Berenguer de Ager y Bernat de Santa Eugenia— encabezados por *En Nunyo Sans*, conde del Rossellón. Las respuestas de los nobles contienen ideas semejantes a las expresadas por el alto clero, pero también incorporan otros conceptos más propios de su condición en el seno de la estructura socio-mental de la Europa del siglo XIII. Se trata de nociones propias de la ética y mentalidad dominantes en las relaciones feudovasalláticas que sostienen la estructura social y económica de los territorios catalanes en este periodo. Le promete don Nuño al rey: *os defenderemos con nuestro poder mientras la vida nos baste, así como los buenos vasallos deben defender a su señor*; y le asegura luego Bernat de Santa Eugenia que la campaña de Mallorca es prueba de *que queréis trabajar para dar beneficio y honor a vuestras gentes y a toda la Cristiandad, y queréis vengar el daño que vuestros hombres allí han recibido*. La obligación del *buen vasallo* de socorrer a su señor, el deber de éste de ofrecer beneficio y honor al vasallo a cambio de su servicio y también el de vengar a los que han ofendido a los suyos —el *auxilium* recíproco del contrato feudal— son ideas expresadas por los nobles catalanes que dan fe de esta «mentalidad feudal».

La campaña es, por tanto, explicada, justificada y también impulsada por los estamentos dirigentes de la sociedad trifuncional medieval: la idea de guerra santa es invocada por los *oratores*; las obligaciones feudales por los *bella-*

tores —pese a su innegable e importante participación en la empresa, los representantes de las ciudades son dejados al margen por Desclot—.

Tras la narración de las Cortes de Barcelona, Desclot relata la breve conquista de la isla por el conde Ramón Berenguer III en 1114 con el apoyo de Pisa. Este pasaje parece querer reafirmar la legitimidad que Jaime I posee respecto al dominio sobre Mallorca. Además, ilumina el contexto en el que el cronista está escribiendo su obra —el de los años ochenta del siglo XIII—, cuando la Corona de Aragón, consolidadas sus conquistas hispanas frente a los musulmanes, está en el apogeo de su lucha contra los angevinos y sus aliados en el Mediterráneo —Francia, el Papado y las ciudades italianas—. El fracaso de la expedición de 1114 se explica para el cronista por una sola razón: *por culpa de la deslealtad de los italianos*¹⁰. En esta coyuntura en la que escribe Desclot —recordemos que el gran protagonista de la obra no es Jaime I sino su hijo Pedro III, conquistador de Sicilia en 1282— el enemigo de los catalano-aragoneses no es ya solamente «el musulmán», sino también otros cristianos, franceses, pisanos y, sobre todo, genoveses —hay que recordar también las buenas relaciones de la Corona de Aragón con principados y ciudades norteafricanas desde mediados del siglo XIII—. Cuando explica los orígenes de la campaña, el autor no duda en atribuir la actitud soberbia del valí mallorquín y sus desprecios ante las exigencias de Jaime I no a su condición de «infiel» musulmán sino a la inspiración de otros cristianos que se la aconsejan¹¹. Sólo teniendo en cuenta estos hechos puede apreciarse cómo en los capítulos de la crónica hasta ahora comentados las referencias a los musulmanes son escasas, repetitivas y casi siempre estereotipadas, mientras que las relativas a otros adversarios políticos, sobre todo los genoveses, resultan mucho más apasionadas y vivas¹².

*Conversión en cruzada*¹³

Contando con el apoyo expreso del alto clero y de la alta nobleza catalanas, Jaime I busca en Lérida el apoyo a su empresa de leridanos y aragoneses. Estos, sin embargo, tienen interés en llevar la guerra solamente al amenazador Reino musulmán de Valencia. Ante esta negativa, y en presencia del legado papal Jean de Abeville, *el rey cogió un cordoncillo que tenía e hizo una cruz, y dijo al car-*

¹⁰ Desclot, XXIX, 80-1.

¹¹ *Ibidem*, XIV, 72-4.

¹² Las imágenes y la ideología de las crónicas cristianas de los siglos XII y XIII experimentan una evolución en tres etapas según Ron Barkay: la cronística anterior a 1212 sigue la línea tradicional de moderación y convencionalidad; desde esta fecha y con el inicio de la *Gran Reconquista*, las imágenes se radicalizan bajo la preponderancia de una *mentalidad cruzada* que impulsa una guerra total contra el musulmán; las crónicas reales de finales de siglo vuelven a anteriores imágenes *abiertas y complejas* que alternan radicalidad y moderación. Barkay, R., *op. cit.*, III parte, cap. I, pp. 205-253.

¹³ Desclot, XXX-XXXI, 83.

denal [legado] que se la cosiese; y el cardenal se la cosió y le bendijo y le dió su gracia, y dió un gran perdón a todos los que le siguieran. Y después el obispo de Barcelona, y el arcediano y el sacristán, y otros ricos hombres que habían venido con el rey de Barcelona, se cruzaron de la mano del cardenal.

Con este gesto lleno de simbolismo, Jaime I convierte la campaña real contra las Baleares en una expedición avalada por la Iglesia, en una guerra oficial de la Cristiandad, es decir, en una *cruzada*. Por medio de este rito en el que el caudillo cristiano toma la cruz de mano del representante del Papa Gregorio IX —único dueño de esa fenomenal arma político-militar que es la Cruzada—, la guerra contra los musulmanes de Mallorca abandona su carácter de expedición *privada* de una potencia cristiana contra un territorio musulmán para convertirse en una campaña expansiva más de la Europa Occidental Latina contra su enemigo religioso más importante. Con esta *conversio*, Jaime I se sobrepone a la negativa aragonesa y hace ver a todos el designio divino que mueve su guerra contra las islas. Como era de esperar, el gesto político-religioso del monarca tiene un efecto dinamizador y exaltador de la empresa que se avecina. Al punto de ser conocido el nuevo carácter de la expedición, ocurre que en *cuanto don Guillem de Montcada oyó decir que el rey había tomado la cruz, dijo al obispo [de Barcelona], su primo, que en nombre de Dios le cosiera la cruz y el obispo lo hizo allí muy gustoso, y después a todos los caballeros*. Así, son de nuevo los catalanes los que se vuelcan en apoyo de la Corona, mientras que el Reino de Aragón, más interesado en Valencia, se mantiene «oficialmente» al margen de la empresa, aunque tanto nobles como tropas aragonesas participarán activamente en el transcurso de la contienda.

La campaña ¹⁴

Las tropas y la flota catalano-aragonesas —unas 150 naves en su mayoría catalanas y entre 800-900 caballeros y 1000-3000 peones, la mayoría también catalanes— partieron rumbo a Mallorca el 5 de septiembre de 1229. Tras varios incidentes, los primeros efectivos al mando de Ramón de Montcada desembarcaron en Santa Ponça con la intención de asegurar la cabeza de playa al grueso de las tropas. El caudillo catalán arengó a los suyos antes del primer combate contra los musulmanes diciendo:

Barones (...), los sarracenos son mucha gente, pero Dios estará con nosotros; y que cada uno tenga el corazón firme y buena esperanza en Dios y acabaremos con ellos valerosamente. A este consejo se acordaron todos y fueron a herir a los sarracenos, caballeros y sirvientes. La batalla fue muy grande, pero los sarracenos no la pudieron sostener y comenzaron a huir hacia las montañas.

¹⁴ *Ibidem*, XXXIV-XXXIX, 84-95.

La confianza absoluta en la divinidad durante la «ordalía-Juicio de Dios» que representa una batalla en la mentalidad plenomedieval es lo único que permite la primera victoria cristiana tras un duro combate que exigirá la intervención personal del rey. El día 12 los cristianos avanzaron hacia Porto-Pí, lugar escogido por las tropas musulmanas al mando del valí almohade Abu Yahya —el *rey de Mallorca* de la crónica— para hacer frente a los invasores. Divididos éstos en dos cuerpos un grupo de vanguardia al mando de Guillem de Montcada, avanzó contra los musulmanes tras oír estas palabras de su caudillo:

Barones (...), todos sois parientes míos y sostenidos míos, y buenos caballeros y fuertes. Muy gran honor es para nosotros que estemos en las primeras heridas; por lo que todos debéis estar muy alegres y deseosos de combatir contra los enemigos de Jesucristo.

Dos nociones importantes se desprenden de esta arenga: la idea del honor que recae sobre aquel que entra primero en combate —aún hoy en vigor en la mentalidad militar—, y la idea de guerra santa contra el adversario religioso «enemigo de Cristo», que preside e impregna siempre las acciones bélicas de los cristianos. Poco antes del mismo enfrentamiento también Jaime I arenga así a los que están con él:

Barones (...): todos debemos estar muy alegres y debemos dar gracias a Dios del honor que nos ha hecho; que a pesar de los sarracenos hemos tomado la tierra [en el desembarco] y les hemos vencido y desbaratado [en el citado primer enfrentamiento]. Preparémonos y marchemos sobre la ciudad, y veamos si encontramos a los sarracenos; que Dios está con nosotros y los desbarataremos. Y que cada uno se confiese y haga penitencia por sus pecados, y trabaje por Nuestro Señor, que Él sufrió un gran trabajo por nosotros, hasta la muerte (...); y fueron a oír las misas y se confesaron.

De la arenga del rey se deduce la concepción ya observada de Dios como único poseedor de una victoria militar que proporciona honor al que la logra. Además, se observa la conciencia de que Dios está con los cristianos, aunque no de forma «gratuita», puesto que es necesario conseguir su voluntad mediante una serie de ritos —confesión, comunión, etc— que permiten situarle a favor de sus fieles. Otra idea surge también de la boca del rey: si Cristo dió su vida por los cristianos, éstos no pueden por menos que honrarle de igual forma siguiendo su ejemplo, en este caso, en la lucha contra sus enemigos. Estamos ante la *imitatio Christi*, idea procedente de la tradición de la peregrinación y una de las fuentes principales de la ideología de Cruzada. El ejemplo de Cristo debía seguirse tanto física como, sobre todo, espiritualmente, mediante una purificación moral y una modificación de las malas costumbres. De la posesión de esta «recta intención» se derivarían los beneficios divinos

recibidos por los cristianos en los momentos de peligro, especialmente durante los combates ¹⁵.

En este caso, y pese a la inicial derrota de la vanguardia y de las muertes de Guillem y Ramón de Montcada, la batalla de Porto-Pí se resolverá con la victoria de las tropas catalano-aragonesas gracias a la intervención del rey. A continuación, los cristianos marchan hacia la ciudad de Mallorca, sufriendo varios ataques musulmanes que resultan ineficaces.

A esta altura del relato, Desclot hace la primera referencia al concepto de paz: *Y así aquella noche reposaron alegremente y en paz; y lo habían ganado bien, que mucho habían trabajado aquella jornada*. La paz a la que alude Desclot es la paz del *miles Christi*, la que, identificada con el descanso, sigue al combate contra los enemigos de Dios. Esta paz es una recompensa que se gana en el «trabajo» esencial y cotidiano del caballero cristiano: la guerra contra el musulmán. Una noción semejante la encontramos en textos hispánicos anteriores, en los que también se asimila el *trabajo bélico* del caballero cristiano con el hecho de *ganar el pan* a costa del enemigo tradicional de los hispano-cristianos ¹⁶.

El asedio de Mallorca ¹⁷

Tras sus iniciales victorias campales, las tropas catalano-aragonesas alcanzaron la capital de la isla —también llamada Mallorca—, iniciándose el asedio de la plaza el día 14 de septiembre de 1229. Desclot describe entonces un hecho singular y aún oscuro: la llegada al campamento cristiano de un sarraceno, *muy gran rico hombre y honrado*, que ofrece a Jaime I *hacer paz y treguas con él*, así como alojamiento y provisiones para sus tropas a cambio de la protección de los cristianos. Este sarraceno llamado por Desclot *Benahabet* es Ibn Habib, un noble almorávide hostil al gobierno almohade de la isla y señor de varias poblaciones de las montañas. Observamos, pues, como el contexto de cruzada y la guerra santa contra el Islam no son obstáculo para el establecimiento de relaciones pacíficas y de colaboración entre cristianos y musulmanes cuando éstas pueden ser beneficiosas. En este caso, ambas partes cumplieron lo pactado, llegando al punto que los mismos musulmanes *hacían saber al rey todos los ardidés que los sarracenos querían hacer en la ciudad y fuera de la ciudad, tanto que los cristianos ganaban mucho por lo*

¹⁵ Vid. Barkay, 212; Siberry, J., *Criticism of crusading (1095-1274)*. Oxford, 1985, 95-7; Delaruelle, E., *L'idée de croisade au Moyen Age*. Torino, 1980, 58 y ss. Sobre aspectos litúrgicos e ideológico-mentales de la guerra y la batalla a principios del siglo XIII, véase Alvira Cabrer, M., «Dimensiones religiosas y liturgia de la batalla plenomedieval: Las Navas de Tolosa, 16 de julio de 1212», en *XX Siglos*, n.º 19 (Madrid, 1994), pp. 36-46.

¹⁶ *Desterrados somos en tierra extraña; allí se verá quien sabe ganarse la soldada*, *Poema de Mio Cid*, Madrid, 1978, cap. 67, p. 139.

¹⁷ Desclot, XXXIX-XLV, 94-104.

que los sarracenos les hacían saber. A la vista de estos hechos puede constatar el diferente trato que respecto a los musulmanes se tenía al norte y al sur de los Pirineos, así como una segunda concepción de la paz, no identificada ya con el premio al esfuerzo en el combate santo sino con la relación no violenta entre oponentes¹⁸.

A continuación, Desclot entra de lleno en la descripción del asedio de Mallorca, que comienza con el bombardeo de la ciudad con cuatro máquinas. A esta acción sucedió que *cuando los sarracenos vieron sus trabuquetes destruidos y los muros destruidos, tuvieron por muertos y cogieron a todos los cristianos cautivos que había en la ciudad, y la noche que vino después, todos desnudos, los pusieron en cruz en los muros donde tiraban los trabuquetes, para que tal cosa no la hicieran*. Este sugestivo pasaje refleja dos ideas interesantes: por un lado, muestra lo repetitivo de determinadas actitudes humanas a lo largo de la Historia —salvando las distancias, véase el paralelismo de este episodio con el caso de los rehenes occidentales en la Guerra del Golfo (1991) o de las tropas de la O.N.U. en Bosnia (1995)—; por otro, el carácter ideológico y justificativo que tiene la realización o atribución de este tipo de acciones a un enemigo: la repulsión que suscitan estos actos conlleva una evidente intención ideológica y propagandística que permite una ulterior repuesta violenta por parte del afectado contra el que las comete o se dice que lo hace, violencia que, aunque fuera desmedida o desproporcionada, quedaría moralmente justificada. Por otro lado, es en este pasaje donde precisamente aparece la primera y casi única referencia claramente despectiva y ofensiva hacia los musulmanes —llamados *falsos* y *descreídos*—, citados ahora sí con pasión para incitar y justificar su posterior muerte violenta.

Fracasados varios intentos de romper el asedio, el valí ofreció a Jaime I una ventajosa negociación que fue rechazada, lo que muestra el carácter de guerra expansiva, de conquista y ocupación —de «guerra total»— que tiene la campaña de Mallorca. En el relato del asedio de la ciudad se observa el poderoso espíritu de cruzada que el cronista exalta y describe. Tras uno de los varios asaltos cristianos que no tienen éxito, dice Desclot: *Cuando vino el domingo por la mañana, fueron a oír las misas y comulgaron, e hicieron su orden así como aquellos que estaban muy deseosos de tomar la ciudad y no tenían en nada su vida, sólo que pudiesen servir a Dios*. Este espíritu de martirio, afán de servicio a Dios e insistencia en hacerle propicio como único dueño de la victoria y la derrota en la guerra y la batalla domina siempre las acciones bélicas de los cristianos mediante constantes ritos propiciatorios.

Tras más de tres meses de sitio, el 30 de diciembre de 1229 los acontecimientos se precipitan. Según Desclot, la estancia del conde don Nuño entre los musulmanes del *honrado Benahabet* fue censurada por las tropas cristianas

¹⁸ Véase una aproximación a las concepciones de idea y mentalidad cruzadas en la España medieval en Alvira Cabrer, M., «Las Cruzadas y la España Medieval», en *Historia 16*, n.º 229 (mayo-1995), pp. 82-90.

como impedimento para el verdadero fin de la campaña: la conquista de la ciudad. Ante estas críticas, el conde decide estimular de una forma definitiva a las tropas cristianas para llevar a cabo un esfuerzo final que doblegue la resistencia musulmana: *Emprendamos el día de la batalla y entremos en la ciudad, o para morir o para vivir, que ningún hombre aquel día se pueda volver. Y por eso juren todos, y mayormente los principales de la hueste (...) e hicieron traer el misal, y [juraron] el rey primero, y después todos los demás.* El conde Nuño intenta recuperar el ánimo perdido entre sus tropas mediante un acto que tiene una decisiva importancia en el ámbito de la ética y de las conductas bélicas y caballerescas del momento. Citamos el juramento porque en él hallaremos —aplicando la máxima de que todo lo que trata de evitarse es justamente aquello que ocurre— un auténtico compendio de las tácticas, costumbres, vicios y virtudes de la guerra en el siglo XIII:

y ellos juraron todos, grandes y pequeños, que todas las banderas cabdales [las de mayor categoría que dirigían a las tropas] que entrasen las primeras y las colocasen en los muros y que cada uno de los cabdales [portaestandartes], con todos sus caballeros, que debían entrar los primeros en la ciudad, y que los hombres de a pie los siguiesen al ir a los muros, y que no se apartasen de ellos aunque se diesen por muertos o presos no se échasen atrás. Y si alguno moría, fuese conde o barón u otro hombre, que se le dejase estar allí donde hubiese recibido el golpe, y que ningún hombre se lo llevara de allí. Y que ningún hombre que fuese herido regresase a las tiendas, sino que quedara allí con la herida (...) Y si los unos vieses morir a los otros, que no llorasen su muerte, sino que se defendiesen por los medios que pudieran. (...) Y que nadie debería tomar ni su lugar ni su albergue al que hubiera capturado. Y el que así hiciera, que fuese perjuro y que fuese tenido por falso (...) ante Dios y ante el rey.

Lo que se pretende con este juramento es imponer algo que hoy parece elemental en la mentalidad militar: la disciplina. A la vista del texto, este concepto era bastante ajeno a la mente de los hombres de guerra del siglo XIII: la huida ante el temor producido por la visión de los primeros muertos o heridos, la retirada del combate de la mesnada del señor dañado olvidando el esfuerzo general en la lucha, el ansia desmedida de botín y saqueo intrínseca al carácter «predador» de la guerra medieval son, entre otros, los rasgos que según la crónica de Desclot conforman el modo de hacer y pensar la guerra para los hombres del ejército de Jaime I. Y para tratar de evitar tales «costumbres» y poder lograr un esfuerzo bélico mucho más potente y definitivo, el juramento se presenta como solución más conveniente y, quizá, única. En una sociedad regida por normas religiosas, militares y de honor, el juramento se consideraba un rito de carácter sagrado que obligaba y cuyo incumplimiento denigraba y manchaba de por vida al perjuro. Esta es la imagen que ofrece el texto de Desclot: tras tres meses de infructuosos esfuerzos por conquistar la ciudad, da la impresión que sin un acto vinculante y espiritual de este tipo los sitiadores jamás hubieran tomado Mallorca.

Al impulso bélico y organizativo que supone el juramento se une antes del asalto definitivo el estímulo espiritual del portavoz de Dios entre las tropas:

un obispo les ha predicado y les ha dicho que han venido aquí para servir a Dios y para destruir a los enemigos de Jesucristo, y que recordaran por qué habían tomado la cruz, que así como Jesucristo murió voluntariamente por ellos, que cada uno estuviera deseoso de morir por Jesucristo si fuera necesario, y que, si querían regresar en poco tiempo a sus tierras, convenía que pasasen por la ciudad de Mallorca, que así es hecho el sacramento y ordenado; por lo que cada uno esté preparado el día de la batalla, de forma que el cuerpo y el alma estén guarnecidos de buenas obras, y que no se tema morir por Jesucristo.

De nuevo la idea de Cruzada, la noción de martirio por Cristo y, como novedad, el recuerdo del cumplimiento del voto de cruzada. El obispo hace ver a las tropas que no bastaba con llegar con éxito a la isla, ni con mantener a los musulmanes encerrados en la capital; sin haber pisado y dominado la propia Mallorca no se cumpliría el voto y, por tanto, no se obtendrían los consiguientes beneficios espirituales. Este es el impulso definitivo que reciben las tropas cristianas antes de iniciar el asalto final sobre la ciudad.

*Asalto y conquista de Mallorca*¹⁹

Al día siguiente, el 31 de diciembre de 1229, los ritos propiciatorios de las tropas cruzadas preceden al asalto: *y oyeron las misas, y se confesaron, y comulgaron; y (...) perdonáronse los unos a los otros*. Enseguida los cruzados se lanzaron contra los muros, rompiendo rápidamente las defensas musulmanas:

cuando entraron todos, se unieron en un lugar, y después avanzaron e hirieron en la gran masas de sarracenos que se habían juntado en aquella calle, tanto que ellos cedieron y los mataron a todos. Y así fueron avanzando, golpeando y matando sarracenos, hasta el castillo del rey que se llama la Almudaina, y toda la otra gente fue por la ciudad (...) matando sarracenos, tanto que aquella jornada no hicieron otra cosa. Y los que se habían refugiado en el castillo de los Judíos se rindieron al rey...

Se observa en este párrafo toda la violencia contenida que el asalto a una ciudad sitiada llegaba a provocar. Rechazada la rendición, la matanza y los saqueos generalizados se convertían en norma. Lo sucedido en Mallorca es aplicable a otras conquistas cruzadas anteriores como Jerusalén (1099), Acre (1190), Constantinopla (1204), Bèziers (1209) o Malagón (1212), comprobán-

¹⁹ *Ibidem*, XLVII, 105-7.

dose cómo la violencia propia de la guerra santa desatada contra el enemigo religioso —musulmán, hereje o cismático— se manifiesta de forma similar en toda campaña considerada como cruzada²⁰.

Ya en el interior de Mallorca, los cristianos capturaron al valí musulmán y liberaron a los cautivos que se encontraban en la ciudad. Cuenta Desclot que *eran ciento ocho. Y fueron ante el rey, arrodillándose ante él y le besaron las manos. Y el rey y los que estaban con él se pusieron a llorar de piedad por los cautivos que tanto mal habían sufrido*. Resulta interesante comparar los dos últimos textos citados, porque en ellos se manifiestan las dos caras del hombre de guerra del siglo XIII —¿y del siglo XX?—: después de entrar a sangre y fuego en una ciudad *golpeando y matando sarracenos*, ese mismo guerrero rompe a llorar al contemplar a los suyos libres de la opresión de sus tradicionales enemigos.

Tras el asalto cuenta Desclot que los cristianos *reposaron aquella noche; y les era bien necesario, que mucho habían trabajado aquella jornada*. Vemos, de nuevo, el concepto de reposo asociado al premio conseguido con el trabajo de la guerra contra el musulmán. Continúa narrando el cronista:

Pero ni al entrar ni al tomar la ciudad no murieron más que cinco cristianos de a pie (...) [y al día siguiente] fueron a oír las misas. Y vieron tantos sarracenos muertos por las casas, y por las calles, y por los huertos (...) que gran grima era verlo...(...). [Por la mañana] tuvieron su consejo que si los sarracenos muertos no salían de la ciudad lo antes que pudiesen, que nadie podría permanecer, y que tendrían que abandonar la ciudad. Sobre esto el arzobispo y los obispos dieron mil días de perdón a trodo el que sacara un sarraceno muerto de la ciudad. Y así las gentes voluntarias por el amor del perdón, con caballos y con mulas y con rocines (...) sacaron todos los muertos fuera de la ciudad. (...) y fueron cincuenta mil los sarracenos que allí murieron, y treinta mil los que fueron presos y cautivos.

Se observa en este párrafo la utilización ideológica de las cifras común a todas las crónicas medievales, uso que sirve para exaltar la victoria propia y acentuar el desastre del enemigo. Aunque muchos huyeron a las montañas, las bajas musulmanas debieron ser muy elevadas, pero la exagerada diferencia en las cifras de unos y otros —cinco cristianos frente a 50.000 mallorquines— refleja una clara intención propagandística y aleccionadora propia de toda la crónística medieval, más pendiente de la rotundidad y la expresividad de las cifras que de su rigor histórico²¹. Por otro lado, resulta interesante el empleo de la indulgencia como medio de movilización de los cristianos. Parecería que sólo los beneficios espirituales movilizan a los *cruzados*, impresión que tam-

²⁰ Vid. Barkay, *ibídem*.

²¹ Sobre el número de tropas y bajas a su interpretación en la crónística del siglo XIII, véase Alvira Cabrer, M., «La muerte del enemigo en el Pleno Medievo: Cifras e Ideología (El modelo de Las Navas de Tolosa)», *Hispania*, LV/190 (1995), pp. 403-424.

bién es posible que solamente sea la que el cronista quiere ofrecer. Hay que recordar, sin embargo, que durante la evolución de las Cruzadas la indulgencia acabó siendo utilizada de forma indiscriminada en toda empresa de carácter bélico-religioso apoyada por Roma, perdiendo el sentido que originalmente tenía.

En el tramo final del relato, dos claves ideológicas dan por terminada para Desclot la narración de la empresa de Jaime I, dos ideas que en gran parte pueden resumir la ideología que subyace en el fondo de todo el texto. La primera dice así: *Y después reposaron bellamente y en paz, así como aquellos que lo tenían bien merecido, que mucho tiempo habían trabajado*. Estamos ante la culminación de la campaña: la paz. Pero, como hemos apuntado, no se trata de la paz universal entre todos los hombres sino la «paz cruzada» del *miles Christi*, paz labrada con la espada intentando agradar a un dios belicoso al que debe satisfacer mediante las armas con honor y victorias frente a sus enemigos. Se trata de una paz conquistada, merecida al cumplir el deber de combatir al servicio de la verdadera religión y del verdadero Dios.

La segunda idea clave sirve a Desclot para cerrar el conjunto de su narración: *Y así la ciudad de Mallorca se pobló de cristianos, y toda la isla*. Esta es la idea final del texto, conclusión y al tiempo resumen de los móviles militares, económicos, políticos e ideológicos que han llevado al monarca catalano-aragonés a invadir y conquistar la isla. La campaña de Mallorca no es una algarada ni una cabalgada en busca de botín y cautivos sino una auténtica empresa de expansión territorial, de ocupación efectiva y decidida, en definitiva, de una guerra total de conquista. Su fin último es la ampliación territorial de la Corona de Aragón, pero también, y sobre todo, la expansión de la propia Cristianidad sobre unos territorios que el rey cristiano de Aragón, como receptor de la ayuda del verdadero Dios, como campeón de la verdadera religión, como ejecutor por la fuerza de la razón política y como poseedor del «derecho histórico» que recuerda Desclot, puede y debe, legítimamente, invadir, conquistar y repoblar. En gran medida, Jaime I, sus caballeros, y con ellos toda la Cristianidad, consideran la ocupación de Mallorca como una «reconquista de lo propio» (A. Santamaría), como una devolución a la *Christianitas* de algo que le pertenecía y que le fue arrebatado.

Conclusiones

Para sus protagonistas cristianos y para aquellos que, como Desclot, la relatarán más tarde, la campaña de Mallorca se realiza en cumplimiento de la voluntad de Dios, lo que convierte la conquista y ocupación de la isla en actos justos y legítimos propios de una guerra santa frente a la que no cabe ningún tipo de oposición moral. La clave ideológica de la campaña es «la fuerte convicción de que la fe religiosa se realiza por medio de la salvación de unas nuevas tierras arrancadas al infiel» (A. Santamaría), es decir, como hemos visto, mediante una guerra santa de conquista y ocupación totales efectuada por un

modelo de monarca cristiano: *Y así la ciudad de Mallorca se pobló de cristianos, y toda la isla*. Esta es la ideología que se desprende y que sostiene el relato de la primera gran campaña de Jaime I según la crónica de Desclot. La conquista de Mallorca fue, y así puede considerarse, «una empresa reconquistadora dotada de una fuerte carga idealista y religiosa» (A. Santamaría). Como se puede observar, la ideología de la guerra que la sustenta, justifica y explica tiene en la *Crònica* de Bernat Desclot un magnífico reflejo.